

***Todas somos desplazadas. Mi experiencia y mis encuentros con refugiadas de todo el mundo*, Malala Yousafzai con Liz Welch
(Traducción de Julia Fernández, Madrid, Alianza Editorial, 2019)**

(Farah, *Esta es mi historia*, Uganda → Canadá)

Tenía dos años cuando mis padres huyeron de Kampala conmigo y con mi hermana mayor, Amina, que tenía tres años y medio. No me acuerdo de nada de la partida ni del viaje de once mil kilómetros en avión hasta nuestro nuevo hogar. Y mis padres nunca nos hablaron de ello. De hecho, no me enteré de por qué nos habíamos marchado hasta que tuve más de veinte años. De niña, todo lo que sabía era que éramos de "lejos", lo que significaba que no había nacido en Canadá.

No es que mis padres no estuvieran orgullosos de ser ugandeses. Lo estaban y seguían estándolo. Yo sabía que eso significaba que los domingos comías matoke, una clase de banano, con curry, así como paya, un estofado de patas de cabra. Nunca negamos que fuéramos musulmanes o africanos de origen indio. Nada de eso. Pero lo que no entendí hasta que estuve en la universidad es cómo o por qué acabamos en Canadá. Mis padres nunca utilizaron la palabra "refugiado" para describirnos. De hecho, en casa apenas se utilizaba.

(p. 186)

Aunque mis padres hablaban seis lenguas –guyuratí, kutchi, hindi, urdu, swahili, mi primera lengua, e inglés-, con mi hermana y conmigo solo utilizaban el inglés. Ahora sé que creían que aprender la lengua de tu país anfitrión es la mejor forma de ser aceptado y empezar a sentirte como si fuera el tuyo. Pero no se detuvieron ahí: somos musulmanes, y sin embargo celebramos la Navidad, con árbol, regalos y pavo incluidos. También lo hacíamos en Hanukkah y otras fiestas no musulmanas, porque mis padres adoptaron todo lo que fuera vida canadiense.

Me educaron en la convicción de que éramos afortunados de vivir en Canadá y que, en lo que nos dedicáramos de mayores, teníamos que restituirselo al país. Mis padres decían que éramos "afortunados" porque el gobierno canadiense había sido muy hospitalario con los refugiados de Uganda. Mi madre afirma que nunca se sintió como una extraña en Canadá, que la gente fue amable, generosa y hospitalaria.

(p. 189)